

***Las visiones de „Nuestra América“,
las visiones de la „Otra América“ y
las nuevas fronteras***

por Eduardo J. Vior,
Dr. en Ciencias Sociales
Magdeburgo, Alemania

Desde 1898 hasta 1989 las relaciones entre Estados Unidos y América Latina se caracterizaron por una dicotomía ambivalente: mientras que las sociedades latinoamericanas definían su identidad por su diferencia respecto a los Estados Unidos, éstos completaban la definición de la propia mediante la tarea misional autoatribuida desde principios del siglo XIX de „asegurar la libertad“ en el Continente Americano. Esta dicotomía era a la vez ambivalente, pues los pueblos latinoamericanos muchas veces se fascinaban por el modelo norteamericano, mientras que en la opinión pública de dicho país nunca cesó el debate sobre la compatibilidad de la difusión de los ideales de Libertad con la enérgica promoción de los propios intereses económicos y militares que caracterizaba a su política continental.

Con todo, se puede afirmar que existían claras fronteras para el intercambio y la diferenciación entre ambos espacios culturales.

El fin de la Guerra Fría, la crisis económica de América Latina en los años 80 y la nueva fase de expansión del capitalismo conocida como „globalización“ modificaron el patrón de relaciones entre ambas partes del Continente: mientras los Estados nacionales latinoamericanos se diluían como referentes del discurso identitario latinoamericano, la fragmentación de sus sociedades ha segregado crecientemente grupos que, a través de otros patrones de referencia, están construyendo identidades propias. Al mismo tiempo, por el

crecimiento de la inmigración latinoamericana el ámbito que conocemos como América Latina se está extendiendo 3.000 kilómetros más hacia el norte. Hoy se puede llegar a nuestro subcontinente con el metro de Nueva York. Así se han modificado las fronteras del espacio cultural latinoamericano.

Los Estados Unidos, por su parte, están extendiendo por todos los medios la frontera de su acción hasta Tierra del Fuego universalizando (=globalizando) en ese empeño su patrón cultural. En tanto, la imbricación de sus grupos de poder con sus intereses dentro de los países latinoamericanos está introduciendo a América Latina dentro del espacio cultural y político norteamericano. Los Estados Unidos incorporan así patrones de conflicto que antes les eran ajenos. Con el cambio de las relaciones intracontinentales a partir de 1989 se están perfilando nuevas fronteras, pero también nuevas identidades. La definición de unas y otras es el tema de este trabajo.

Las relaciones entre los Estados Unidos e Hispanoamérica vigentes en el siglo XX se definieron entre abril y julio de 1898 cuando la intervención norteamericana en la Guerra de Independencia de Cuba generó en todo el Continente una reacción dirigida a afirmar al mismo tiempo la independencia de la isla y „el espíritu de la Hispanidad“. Los Estados Unidos, por su parte, después de haber consolidado su frontera interna con la derrota de la última insurrección indígena en 1890, se sentían llamados a extender su modelo hacia el sur.

Desde entonces hasta 1989 los dirigentes e intelectuales latinoamericanos reaccionaron contradictoriamente al percibir la voluntad de los EE.UU. de ejercer su poder sobre todo el continente. Según las épocas oscilaron entre la oposición frontal y la sumisión a los supuestos o reales requerimientos de la potencia rectora. Es que, minoritarios en sus propios países, nunca han sido totalmente indemnes al eurocentrismo y racismo de sus

interlocutores europeos y norteamericanos. Sus privilegios económicos y estilos de gobierno oligárquicos agregaron su parte. Esta ambigüedad influyó el proceso de formación de la identidad latinoamericana y, por lo tanto, la formulación de valores, normas y sistemas simbólicos orientadores. Sus ambiguas miradas hacia el Otro externo y sus contradictorias percepciones de sí mismos y de su lugar social fueron entonces dos „visiones“ complementarias entre sí en el doble sentido de la palabra: a la vez miradas y utopías.

Del lado norteamericano, en tanto, los estereotipos del mexicano haragán y compadrito, de los pueblos dormidos y del „latin lover“ recorrieron la historia de la literatura y del cine desde la Guerra de Cuba hasta fines de los años 80. Los revolucionarios barbudos y los dictadores sanguinarios completaron desde los años 50 la imagen de una Latinoamérica incapaz de democratizarse y crecer duraderamente, pero alegre y sensual a diferencia del blanco protestante, tenaz y distante.

Pero la imagen del Otro latinoamericano de las élites norteamericanas incluía ya desde la Independencia iberoamericana a principios del siglo XIX una percepción de los riesgos que esos supuestos rasgos podían acarrear para la seguridad de los Estados Unidos: la debilidad atribuida a las nuevas naciones del Sur podía abrir la puerta a intervenciones extracontinentales que pusieran en peligro la seguridad de la República norteamericana. Desde la proclamación de la Doctrina Monroe en 1823 uno de los pilares de la política continental de Washington consistió en evitar que la „debilidad“ latinoamericana arriesgara el margen de seguridad nacional considerado como necesario. De ese modo la percepción de sus diferencias respecto a América Latina es desde principios del siglo XIX constitutiva de la propia identidad de los Estados Unidos. Pero tanto como la percepción del Otro latinoamericano, la política continental de los Estados Unidos ha sido también un campo ideal

para proyectar al exterior los conflictos internos no resueltos, especialmente para el ejercicio del racismo (Campbell/Kean, 1997:248-49).

Las élites norteamericanas han visto en el sometimiento de América Latina la posibilidad de realizar su misión de propagar la Libertad en el mundo a la vez que una buena fuente de negocios y un medio para asegurar su propia defensa. El espíritu puritano ha teñido su presencia en Iberoamérica de evangelización de los inocentes, si es necesario para el propio bien de éstos, por la violencia. En consecuencia, sus distintos gobiernos han reaccionado enérgicamente cada vez que los pueblos del Continente tomaban en sus manos las propias banderas de Libertad y Democracia. Esta combinación de penetración pacífica y sometimiento violento ha sido constitutiva para la política latinoamericana de los Estados Unidos. La „Política del Garrote“ y la de la „Buena Vecindad“ no son dos épocas diferentes de su política latinoamericana, sino dos aspectos contradictorios constitutivos de la misma.

Al respecto cabe citar a Hans-J. Koenig (1990:407):

„La salvaguardia de los intereses norteamericanos toma la forma de injerencias de diverso tipo en los asuntos internos de los estados iberoamericanos y en el proceso de desarrollo de éstos. Dicha salvaguardia se lleva a cabo, en los casos extremos, a través de intervenciones militares, ejerciendo influencias de tipo económico y político y, por último, mediante instrumentos más sutiles, como por ejemplo, las inversiones, la ayuda financiera y los préstamos. Las diferentes medidas se encuentran a menudo tan relacionadas entre sí, que rara vez es posible caracterizar a una época por el predominio de un solo tipo de las mismas. La utilización de una u otra depende, en cada caso, de los intereses en juego, de la situación presente en un momento dado y de las posibilidades de influir de una u otra forma.“

A partir de 1989 la historia dio un vuelco también en el Hemisferio Occidental: no sólo el fin de la Guerra Fría y el ascenso de los Estados Unidos a la categoría de Imperio Universal¹, sino también la creciente disolución de los Estados nacionales latinoamericanos difuminaron las antes claras fronteras entre el Norte y el Sur. Pero la función de las viejas fronteras hasta 1989 es solamente una parte de mi tema. El surgimiento de otras nuevas y las consecuencias de estos cambios para la formulación de identidades en Latinoamérica forman el segundo aspecto. Ambos quiero considerar aquí a partir de la historia desde 1898.

1. Trasfondo teórico

El objetivo del estudio de identidades culturales es para mí conocer la dinámica de la mentalidad colectiva con la ambición de predecir desarrollos futuros, hacerlos controlables y concientes. Pero la condición de rigurosidad de ese estudio es la capacidad de los investigadores de poner sus supuestos a disposición de la crítica para relativizar el riesgo de los discursos de poder. Esto es lo que quiero hacer sucintamente en este lugar.

Un aspecto de la existencia de América Latina desde su engendro violento en el siglo XVI es que no pueda ser explicada por ninguno de los modelos teóricos desarrollados en Europa y los Estados Unidos. Construcciones teóricas son necesarias para no caer en el casualismo, pero cualquier explicación fructífera de la realidad latinoamericana será necesariamente heterodoxa hasta que la cultura de „Nuestra América“, como la llamara Martí, alcance el carácter universal y por lo tanto el estatus de Verdad que tiene la cultura europea desde hace quinientos años.

¹ Uso en este contexto la categoría de „Imperio Universal“ como construcción del discurso dominante de los Estados Unidos que tiende a presentar los propios intereses y fines como los de toda la Humanidad y a imponerlos por todos los medios como única verdad posible. Sobre el carácter totalitario de esa imagen v. I. Ramonet (2000/V, 5)

Desde hace años trabajo con una perspectiva evolucionista de la historia de América Latina modificada por la consideración de sus rupturas significativas². Si la evolución de las sociedades humanas depende de su habilidad de adaptarse a condiciones cambiantes, de seleccionar entre diferentes alternativas, de variar esas soluciones ante situaciones cambiantes y de asegurar la continuidad de sus creaciones, es porque se trata de un proceso colectivo de aprendizaje y conocimiento de la realidad circundante y de sí mismas y de elaboración de las técnicas adecuadas a esos conocimientos (Diamond, 1997).

La evolución humana depende del aprendizaje, ni es lineal ni tiene un fin determinado a priori, ya que los seres humanos pueden olvidar y equivocarse de camino. Como este aprendizaje es individual y colectivo, la evolución es un proceso social que también lleva a la restratificación permanente del grupo humano y por lo tanto a la desigualdad: La violencia,

² Si se tiene en cuenta la hegemonía alcanzada nuevamente por el evolucionismo en el debate científico internacional de los años 90 es imposible dar cuenta aquí de la diversidad de posiciones y problemas abarcados por esa etiqueta. Yo me acerco al tema con cuatro salvedades:

a) El término „evolución“ designa una sistematización de las continuidades y cambios de organismos naturales y humanos introducida y perfeccionada desde el siglo XIX bajo las condiciones de la actividad científica fundamentalmente en los países anglosajones. Por lo tanto ni es independiente de la interrelación entre los organismos naturales (y humanos) entre sí y con su medio ambiente, ni puede pensárselo en su aplicación a las sociedades humanas independientemente de su aplicación conciente por los propios actores sociales. Es decir, que el término científico es también instrumento de la acción social.

b) La evolución no tiene un fin determinado a priori, sino que se inicia a partir de rupturas significativas en su estructura informacional y se desarrolla hasta que el grado de complejidad de la misma contradiga radicalmente su capacidad de adaptación.

c) Como la evolución no tiene un fin determinado, tampoco es posible jerarquizar entre los distintos caminos de la misma: todos representan respuestas a condiciones ambientales específicas, tienen tiempos de desarrollo diferentes y deben juzgarse de acuerdo a su éxito en tanto no perjudiquen desarrollos ajenos ni afecten valores humanísticos universalmente aceptados.

d) Por las tres razones mencionadas es imposible inducir de la evolución una ética inmanente.

Hechas estas tres salvedades puedo dar cuenta de los tres motivos por los que aplico este método:

1) Por la alta sistematicidad de sus categorías.

2) Porque las mismas permiten sacar conclusiones por analogía y homologación de y en otros campos del conocimiento, así como traspasar conclusiones de la aproximación ontogenética a la filogenética. La hegemonía del evolucionismo en el discurso científico predominante se basa principalmente en el desarrollo de las tecnologías informáticas y „las ciencias naturales históricas“ (para diferenciarlas de las „no históricas“, como química y física) en los últimos treinta años: la paleontología, la biología, la epidemiología, la geología, la climatología, la marología, la hidrología, la astronomía, etc. Estas disciplinas pueden brindarnos numerosos elementos para el conocimiento de la sociedad, ya que, si afirmamos el carácter histórico de las ciencias sociales, ¿por qué no buscar préstamos teóricos en otras disciplinas históricas?

3) Porque este método permite establecer relaciones múltiples con la materialidad de los fenómenos y trabaja con las categorías de causalidad y necesidad.

por su lado, es un componente permanente del proceso. La necesidad humana de suprimir esos aspectos indeseados de la evolución en su conciencia lleva a una inversión de las relaciones sociales en su visión del mundo mediante los mecanismos psicológicos de negación, supresión, proyección y desplazamiento³. Esos mecanismos son los instrumentos para restaurar la unidad de la visión social del mundo y, por lo tanto, herramientas necesarias para convalidar la concentración de poder por las élites⁴. El funcionamiento regular y permanente de estas prácticas consolida la identidad como efecto de prácticas ideologizantes.

El proceso identitario se produce, tanto en el campo individual como en el colectivo, a través de dos tipos de rupturas reiteradas: la que diferencia permanentemente al „Yo“ o „Nosotros“ del „Otro“ y la que diferencia el „Antes“ del „Ahora“. La diferenciación respecto al „Otro“ a su vez se realiza a través de dos proyecciones complementarias y contradictorias: a) la permanente referencia a un sujeto externo al que se percibe como amenazante⁵ y b) la segregación (supresión o negación) de minorías para restaurar la unidad imaginaria perdida⁶. La diferenciación entre el „Antes“ y el „Ahora“, por su parte, es necesaria para absolutizar el necesariamente contingente carácter de las ideas.

Para una bibliografía sucinta véase la lista al final del trabajo.

³ Estos son aspectos constitutivos de una teoría de la ideología tal como K. Lenk (1986) los formulara hace años tomando elementos de la teoría psicoanalítica. En esa teoría la ideología ocupa el lugar del Yo en la teoría freudiana. Si partimos de las dos afirmaciones fundamentales de J. Lacan („el Sujeto es una ilusión“ y „el inconsciente se estructura como un discurso“), la crítica de los discursos públicos mediante las cuatro categorías mencionadas permitiría restablecer la „verdad“ del Inconsciente (individual o colectivo).

⁴ Si, siguiendo a M. Foucault (1985), el poder es un sistema de estrategias para restablecer el control sobre el Inconsciente y asegurar así la posibilidad de producción, circulación y reproducción de la vida, ese sistema se concentra en determinados puntos nodales seleccionados contingentemente y desde los que se pueden montar y/o utilizar los aparatos de coacción y persuasión necesarios para imponer sus estrategias. Por eso no existe „el poder“, sino „centros de poder“ y no es posible „tomar el poder“, sino „alcanzar el control de los o crear centros de poder“. Se trata de un juego de fuerzas estratégico y táctico orientado a restablecer el equilibrio ecológico mediante la exteriorización de la violencia orientándola a fines.

⁵ La simple constitución de la diferencia no basta para la formación de identidad: es necesario que la diferencia se perciba como amenazante, para que se pueda construir al Otro como extraño. Sin el extrañamiento del Otro no hay delimitación del sujeto.

⁶ Inversamente existe una relación „saludable“ entre la capacidad de trato controlado con el Otro y la de aceptar la diferencia interna. Esta ecuación del desarrollo identitario tiene una gran importancia para la relación entre las culturas: cuanto mayor capacidad tenga una de aceptar sus propias diferencias internas, mayor será su habilidad para tratar controladamente con las otras y viceversa. Así existen dos caminos para que una cultura alcance estatus universal: a) la negación y, por consecuencia, la dominación de las otras y b) el reconocimiento y

Así se construyen rupturas históricas que nunca existieron, por lo menos en las dimensiones propuestas, o se niegan, se suprimen y/o se desplazan rupturas efectivamente producidas, especialmente para suprimir su violencia intrínseca y presentarla como externa al cuerpo social. Estas maniobras más o menos concientes del imaginario colectivo tienen enormes consecuencias para el análisis de las identidades colectivas, también para el de las percepciones mutuas entre dos complejos culturales que nos interesa aquí, porque todo el sistema cognitivo de una sociedad cambia sus funciones en torno a las coyunturas de ruptura⁷.

Por eso la reconstrucción de las coyunturas de efectiva ruptura sigue siendo una de las primeras tareas del investigador social para restablecer el sentido de los discursos colectivos. Para cumplir con este objetivo he organizado la historia de las relaciones entre las percepciones mutuas de los Estados Unidos y América Latina en el siglo XX en tres grandes etapas determinadas por cuatro rupturas significativas.

2. Los tres pares de visiones mutuas de las Américas durante el siglo XX

„El corto siglo XX“, como lo llama E. Hobsbawn (1994), no fue tan corto en América como en Europa. Comenzó ya en 1898, cuando los EE.UU. intervinieron en la Guerra de Independencia de Cuba, y acabó en las Navidades de 1989, cuando la aviación norteamericana masacró a 4.000 civiles en la Ciudad de Panamá buscando a su ex-protegido, el General Noriega. Ese último acto ratificó ante el Continente quién era el único dominador

diferenciación racionalizada de las otras. El primero es el camino seguido por la cultura europea, el segundo es la utopía que sueño para la cultura latinoamericana.

⁷ Sobre el concepto de „coyunturas de ruptura“ v. J.C. Chiaramonte (1982).

durante la restauración conservadora comenzada en 1982 y después del final de la Guerra Fría.

1ª ruptura: Unos son americanos, los otros necesitan adjetivo

Cuando los Estados Unidos intervinieron en la Guerra de Cuba en abril de 1898, lo hicieron en la convicción de que, después de reprimida en 1890 la última resistencia indígena y controlado el espacio interno, su misión de propagar la Libertad en el mundo los obligaba a acabar con el colonialismo en el Hemisferio Occidental y poner orden en la administración y las economías de la región caribeña que, en la concepción geopolítica entonces vigente, amenazaban directamente al „vientre“ del coloso (Zuleta, 1998).

La actitud prepotente de Estados Unidos ante España antes de la guerra y el hecho de que por la Paz de París éstos ocuparan la isla y se adueñaran de Puerto Rico, Filipinas y Guam mientras simultáneamente se posesionaban de Hawaii, vinculó en la percepción de la opinión pública latinoamericana el mensaje norteamericano de la Libertad con la expansión de su poder en el mundo⁸.

En los países hispanoamericanos se despertó entonces un intenso sentimiento antimperialista, especialmente entre la juventud intelectual. Ya en 1891 José Martí había reaccionado a las propuestas estadounidenses en la Iª Conferencia Panamericana de Wshington de 1889 con su artículo „Nuestra América“ (publicado primero en el periódico argentino „La Nación“ y luego reeditado en todo el Continente), en el que definía

⁸ Esta evidenciación del expansionismo norteamericano durante y después de la Guerra de Cuba despertó también reacciones dentro de los Estados Unidos (Zuleta, 1998).

tajantemente el carácter de la América al sur del Río Grande como mestizo, indio y negro y opuesto al espíritu protestante de la América Anglosajona⁹.

En 1898 la tormenta intelectual tuvo su primer trueno en el famoso discurso de Paul Groussac en Buenos Aires en mayo de 1898, el subsiguiente ensayo de Rubén Darío „*El triunfo de Calibán*“, aparecido poco después en Nueva York y, finalmente, en el „*Ariel*“ de José E. Rodó de 1900, un „best seller“ continental de duradera trascendencia. Los tres recepcionaban el motivo shakespereano de „*La Tempestad*“ en la versión elitista popularizada por Ernest Renan en 1878. La antinomia Ariel-Calibán asimilada a la de Espiritualismo-Materialismo permitía a los intelectuales latinoamericanos incorporar el discurso francés sobre la „Latinidad“ y convertir al retraso material del Continente en una virtud, sin tener que preocuparse por las necesarias reformas sociales¹⁰. El „arielismo“ fundamentó al primer latinoamericanismo de la historia como opuesto al espíritu „yanqui“, mientras obviaba la definición de un programa político que hubiera dividido sus filas. La intelectualidad latinoamericana buscaba motivos literarios para manifestarse políticamente, porque no los encontraba todavía en la historia ni en la realidad social de sus pueblos.

Los principales intelectuales norteamericanos del momento, en cambio, como John Dewey y William James, no miraban al pasado, sino al futuro. Su pragmatismo los empujaba hacia la realización universal de la „Jerusalén liberada“, como se concebían a sí mismos los EE.UU. Preciso es señalar empero el carácter esencialmente humanista del universalismo de W. James, quien ya durante la Guerra de Cuba manifestó su protesta contra el carácter imperialista que tomaba la intervención norteamericana (Zuleta, 1998: , Koenig, 1990:414-

⁹ En ese artículo Martí también plegaba por la construcción de una cultura genuina, adecuada a las necesidades de „Nuestra América“. Esa tarea educativo-cultural es también una tarea iedntitaria en la que todavía estamos.

¹⁰ En su ensayo „El triunfo de Calibán“, de 1878, E. Renan había propuesto la antinomia Ariel-Calibán como metáfora de la oposición entre élites y „vulgo“ democrático. Esas connotaciones conservadoras no molestaron a

16).. La fundación de la „Liga Antimperialista“, compuesta por conocidos intelectuales, en ese mismo 1898, cristalizó las dudas planteadas en la opinión norteamericana por la contradicción evidente entre los proclamados fines liberales y el imperialismo efectivamente ejercido.

Esa discusión se reiteró a lo largo del siglo XX. Un intento de síntesis superadora lo constituyó el argumento oficial, ya presentado entonces, de que la promoción de los intereses económicos norteamericanos en los países del Sur introduciría en éstos el modelo de desarrollo del país del Norte y, por lo tanto, la Libertad ansiada¹¹. Ninguna de las posiciones contendientes dudaba de la validez universal del „mensaje norteamericano“, sólo se discutía sobre el mejor camino para su aplicación. De ese modo, al expandirse hacia el sur los Estados Unidos se presentaron como la encarnación de la „Idea de América“, a los otros sólo les quedaba en adelante el adjetivarse: sudamericanos, latinoamericanos, iberoamericanos, etc. Y seguimos constituyendo un resto de América ...

La Revolución Mexicana modificó el eje de la dicotomía propuesta por Rodó: el pensamiento de la Revolución, tal como manifestado entre otros en la obra de José Vasconcelos, centró su atención en la oposición entre la unidad del Continente Mestizo („La Raza Cósmica“) y el expansionismo de los Estados Unidos en América Central y el Caribe. Para éstos, a su vez, sea bajo el universalismo de Wilson o el aislacionismo posterior, los surgentes antimperialismo y nacionalismo latinoamericanos representaban la recaída en el aislamiento del siglo XIX, el surgimiento de nacionalismos agresivos que veían hacer estragos en Europa Central y un riesgo directo para sus inversiones y su seguridad nacional. Desde su independencia en el siglo XVIII (y aún antes) los Estados Unidos siempre

los primeros receptores de „Ariel“. Sería la Revolución Mexicana a partir de 1910 la que daría al antimperialismo latinoamericano su matiz social.

asimilaron su patriotismo al cumplimiento de la misión universal de difundir la Libertad en el mundo. El universalismo de la Libertad es así la manifestación más pura de su idea de Nación, de América y del Mundo.

Considerando la continuidad de las funciones discursivas entre el racismo interno y la jerarquía de civilizaciones propuesta externamente, se puede ver que el universalismo norteamericano tiene la función de exteriorizar la violencia implícita en las relaciones internas. Pero esa violencia ejercida en el exterior debe ser también elaborada ideológicamente por la literatura, las artes y los medios para que no afecte negativamente el funcionamiento del modelo. Especialmente interesante al respecto son los análisis sobre el tratamiento del „Síndrome de Vietnam“ (Campbell/Kean, 1997:242-71).

Pero el expansionismo norteamericano en el Caribe y América Central había llegado en los años 20 al límite en que podía ser percibido por su propia población como el puro colonialismo que Washington criticaba en sus aliados europeos. Se trató de una época sin „mensaje“ norteamericano para el Continente¹².

La política continental de los Estados Unidos durante el siglo XX siempre fue unilateral. Las distintas conferencias interamericanas sancionaron (en algunos casos frenaron) las iniciativas norteamericanas, pero Washington nunca buscó adoptar decisiones comunes

¹¹ Campbell y Kean (1997:250-51) llaman la atención sobre el sustrato racista de esta concepción y su relación con el racismo dentro de la propia sociedad norteamericana.

¹² Amparados en el „Corolario Roosevelt“ de 1904 a la „Doctrina Monroe“ los EE.UU. intervinieron en el primer tercio del siglo XX en numerosos países del Gran Caribe con el pretexto de poner en orden su administración y finanzas y protegerlos de las intervenciones europeas. Pero este argumento se invalidó ante la propia opinión pública con el pasar del tiempo, la desaparición del riesgo de intervenciones europeas como consecuencia del debilitamiento de dichas potencias posterior a la Primera Guerra Mundial y el crecimiento de la resistencia en América Latina. Además la necesidad de „mantener el orden“ ante la radicalización de la protesta posterior a la Revolución Rusa de 1917 los llevó a aliarse con fuerzas reaccionarias contrarias a las propias ideas de Libertad y Democracia (Koenig, 19990:435). Así fue que en los años 20 aumentó la crítica interna a la propia política hacia Latinoamérica hasta culminar en 1933 con la proclamación por Franklin D. Roosevelt de la política de „Buena Vecindad“.

con los países iberoamericanos, sino a lo sumo acordar con ellos la puesta en práctica de los propios cursos de acción ya decididos. El juicio de Koenig (1990:422) sobre el „Corolario Roosevelt“ da una buena caracterización de esta política:

„Al igual que sucedió con la Doctrina Monroe, que fue una declaración unilateral de los Estados Unidos, [Theodor – N.d.A.] Roosevelt no creó un instrumento de carácter interamericano para la defensa del continente contra las intervenciones de las potencias europeas; por el contrario, lo que propuso fue, una vez más, la acción unilateral por parte de dicho país. No sólo no abolió, por decirlo de alguna forma, el derecho a la intervención de los Estados Unidos en el Hemisferio Occidental, sino que, además lo sancionó como un derecho exclusivo de esa nación¹³.“

Los tres instrumentos principales de esta política hasta la Segunda Guerra Mundial fueron „el Gran Garrote“, „la Política de las Cañoneras“ y „la Diplomacia del Dólar“ (Koenig, 1990:424). Característico de esta mentalidad que combinaba palos y dólares es la obra de Herbert Croly „The Promise of American Life“ (1909), en la que éste (cit. Koenig, 1990:433)

„(...) explicaba que una de las tareas de los Estados Unidos consistía en promover o en ayudar a promover la solidaridad entre los distintos países del Hemisferio en el seno de un << sistema americano >> estable de carácter multinacional. Dicha tarea era a largo plazo, y el éxito de la misma presuponía la pacificación, estabilización y democratización de los Estados iberoamericanos.“

¹³ Koenig (1990:423) llama la atención sobre el hecho de que el concepto roosveltiano de „Hemisferio Occidental“ como esfera diferenciada de Europa también era compartido en Iberoamérica. Es que por razones de intereses, miedo, sumisión anticipada y/o miopía las élites latinoamericanas han adoptado como si fueran propios los puntos de vista de los dirigentes norteamericanos. Como de hecho no eran propios, se suscitaron numerosos y repetidos malentendidos que, en definitiva, contribuyeron a aumentar el extrañamiento entre ambas partes del Continente.

Entre tanto, la expansión continental de la Reforma Universitaria a partir de 1918 reafirmaba las tesis martianas sobre la necesidad de vincular el acceso popular a la educación con la justicia social y el desarrollo de un pensamiento científico ligado a la realidad y las tradiciones del Continente. Ese triángulo conceptual (formación de Estados nacionales, educación igualitaria y justicia distributiva¹⁴) se consolidó en las décadas entre 1920 y 1980 tanto en movimientos reformistas como revolucionarios de todo el Continente como opuestos al pragmatismo, universalismo político-ideológico e individualismo de la idea imperial de los Estados Unidos. La visión imperial y el defensismo diferenciador antimperialista se complementaban y alimentaban mutuamente.

2ª ruptura: El respeto mutuo sólo vale para las emergencias

La crisis de 1930 y el surgimiento de los nacionalismos populares, primero en México y Brasil y luego en Argentina, representaron un giro de la política latinoamericana correspondiente al pasaje de la política norteamericana del „Garrote“ a la de „Buena Vecindad“¹⁵.

Ante la IIIª Conferencia Panamericana inaugurada en Washington el 12 de abril de 1933 el nuevo presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, definía del siguiente modo su política hacia Iberoamérica (cit. Koenig, 1990:437):

„La amistad entre Estados, al igual que la amistad entre personas, exige la realización de un esfuerzo de carácter constructivo que ponga en marcha las energías de la humanidad con el fin de crear una atmósfera de íntima comprensión y estrecha colaboración. La amistad presupone el respeto mutuo y la asunción de compromisos recíprocos, pues sólo a través del

¹⁴ La interrelación entre antimperialismo y reforma social surgió rápidamente a raíz del fortalecimiento de las élites conservadoras en todos los países donde intervenían las fuerzas norteamericanas.

respeto por los derechos de los demás y de un exacto cumplimiento de las obligaciones contraídas por cada miembro de la comunidad internacional se podrá preservar la verdadera hermandad. Los rasgos de un panamericanismo genuino tienen que ser los mismos que distinguen a una buena vecindad, a saber: comprensión mutua y, basado en ésta, el respeto por el punto de vista del otro. Sólo de esta forma podemos tener la esperanza de construir un sistema cuyos pilares sean la confianza mutua, la amistad y la buena voluntad.“

Lo que para uno era panamericanismo y democracia, para los otros era nacionalismo, crecimiento económico y justicia social. Los Estados Unidos se sentían amenazados por el avance del expansionismo japonés en Asia y de Hitler y Mussolini en Europa y buscaban el apoyo de los países iberoamericanos. De un modo no paradójico, sin embargo, a una etapa de amenaza externa y relativa fortaleza interna e internacional, por lo menos de los principales Estados latinoamericanos, correspondió una relativa desescalación de los conflictos entre ambas Américas, por lo menos hasta la brutal agresión norteamericana a Guatemala en 1954.

Confrontados con la superación de la crisis económica, la lucha contra el nazifascismo y el comienzo de la Guerra Fría, los Estados Unidos no veían la realidad continental con simpatía, pero tampoco la percibían como peligrosa¹⁶. Para el nacionalismo latinoamericano, en tanto, los autoritarismos europeos de la Entreguerra y la bipolaridad de la Posguerra representaron la chance de independizarse y negociar con Washington, sin tener que enfrentarlo ni interna ni externamente.

¹⁵ Sobre la idea de Nación y los nacionalismos latinoamericanos v. el artículo que publiqué en 1985 en la revista „Concordia“ Nro. 8, Aachen/Aquisgrán (Vior, 1985).

¹⁶ Sin olvidar el conflicto con México por la nacionalización de la industria petrolera en 1938, las duras negociaciones con Brasil entre 1939 y 1941 el que sólo se alineó con EE.UU. en el conflicto con el Eje a cambio de los créditos para construir su primería acería en Volta Redonda, ni la masiva intervención del Subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos Sumner Wells y del embajador Sprulle Braden en los asuntos argentinos para impedir el ascenso de Perón entre 1943 y 1946.

La necesidad de salir de la crisis llevó a los principales países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México) a partir de 1930 a adoptar políticas proteccionistas y fomentar el desarrollo del mercado interior y de la industria. Fue el comienzo de la estrategia del desarrollo orientado hacia adentro. La idea de „desarrollo armónico“ (Friedrich List), integrando regional y socialmente a los países, se complementaba con la solidaridad latinoamericana y una actitud pragmática hacia Washington. Los EE.UU. se habían convertido de amenaza en desafío con el que competir y negociar.

Koenig (1990:442) define del siguiente modo el cambio de política norteamericana hacia el Continente después de 1933:

„En cierto modo, los Estados Unidos (o, mejor dicho, el gobierno de Roosevelt), al formular una política de buena vecindad, hicieron de una necesidad coyuntural una virtud. El que Cordell Hull, a la sazón secretario de Estado, fuese un celoso defensor de la liberalización del comercio internacional, no fue seguramente una casualidad. Éste, con posterioridad, habría de desempeñar un papel decisivo en la puesta en práctica de dicha política.“

En el discurso dominante en EE.UU. el cambio de política se acompañó del pasaje del „Destino Manifiesto“ (que nunca desapareció del todo) a la idea de la „Greater America“ signada por una historia común, así en el discurso de Herbert E. Bolton, presidente de la Asociación Americana de Historia al inaugurar su congreso de 1932 (Koenig, 1990:443).

Su expresión en la política interamericana fue la proclamación en 1936, durante el viaje de Roosevelt a Brasil y Argentina, de los principios de „interdependencia“ y „seguridad continental“ para protegerse de las potencias del Eje. Paralelamente se proclamó la necesidad de defender la democracia representativa en todo el continente (Koenig, 1990:444).

El cambio de política norteamericana a partir de 1933 acarrió un mayor respeto hacia los países latinoamericanos, pero el acercamiento mutuo en la coyuntura de la guerra (si excluimos a Argentina) llevó a aumentar la influencia militar norteamericana mediante los acuerdos multilaterales firmados en Rio de Janeiro en enero de 1942 y los bilaterales que los sucedieron (Koenig, 1990:446). Al mismo tiempo, la serie de acuerdos comerciales bilaterales de reducción recíproca de aranceles firmados con cada una de las naciones latinoamericanas entre 1933 y 1942 aumentó su dependencia de las importaciones de bienes industriales norteamericanos y de las exportaciones de productos primarios hacia los EE.UU. (Koenig, 1990:449).

La política de la „Buena Vecindad“ reemplazó en principio las intervenciones directas por las indirectas. Así, al final de la Segunda Guerra Mundial, los EE.UU. habían aumentado sustancialmente su dominio económico sobre el Continente y le habían añadido el militar (Koenig, 1990:452).

Después de la Segunda Guerra Mundial y al comenzar la Guerra Fría los EE.UU. consolidaron su vinculación político-militar con las naciones del Continente mediante la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en Rio de Janeiro en agosto de 1947 y la formación de la OEA en Bogotá en marzo-abril de 1948. Especialmente por el art. 6 del primero se autorizaba a las naciones signatarias a intervenir en los asuntos internos de una de ellas cuando una "agresión sin armas"“(sic) afectara su soberanía e independencia políticas. Este instrumento de represión de movimientos reformistas y revolucionarios tuvo amplia aplicación, desde Guatemala (1954) hasta Granada (1983). Los Estados Unidos se adjudicaron así la función suplementaria de „Gendarmes de la Libertad“ (Koenig, 1990:454).

Si bien la Carta de la OEA, aprobada en la Conferencia de Bogotá, condena las intervenciones exteriores en los asuntos internos de los países miembros, la al mismo tiempo adoptada Resolución XXIII, al condenar al „comunismo internacional“ como „enemigo de la democracia“ sancionó como único válido para el Continente el modelo de democracia representativa propio de la tradición anglosajona (Koenig, 1990:454). Al mismo tiempo, la Resolución XXII instituía el derecho multilateral de intervención para salvaguardar esa „democracia“. Este concepto englobaba a dictadores como Batista, Duvalier, Trujillo y Pérez Jiménez, mientras excluía por comunistas a gobiernos reformistas como el de Árbenz en Guatemala.

3ª ruptura: Seguridad Nacional para la „Libertad (norte-)americana“

Los límites en las capacidades de integración social, crecimiento económico y justicia distributiva fueron alcanzados por los nacionalismos populares ya en los años 50, aunque la eficiencia del sistema político mexicano le permitió a éste estirar la crisis hasta 1982. Los límites internos del nacionalismo popular se correspondieron con la reducción progresiva de su influencia internacional.

Si el comienzo de la Guerra Fría dio a los países mayores (Argentina, Brasil y México) un cierto margen de negociación, su agudización desde principios de los años 50 lo volvió a reducir, como testimonian el suicidio de Getúlio Vargas en 1954 y el golpe contra Perón en 1955. A las pérdidas en su capacidad de negociación las élites nacionalistas respondieron con la radicalización de su discurso antimperialista. Esta agudizada percepción de la agresión imperialista empero, lejos de fortalecer a las viejas élites, facilitó el pasaje a la tercera época del proceso identitario latinoamericano: la del antimperialismo revolucionario.

La conjunción del fracaso de los nacionalismos populares, el estancamiento del crecimiento económico nuevamente paralizado por la aplicación de la Alianza para el Progreso (Koenig, 1990:457-58)¹⁷, la bipolarización de la política mundial y la Revolución Cubana de 1959 llevaron hacia 1960 a las contraélites intelectuales y populares a percibir a los Estados Unidos y sus aliados internos como enemigos a ser destruidos militarmente.

Estos, a su vez, percibieron a la Revolución Cubana a partir de 1959 como una agresión a su seguridad procedente del exterior del Continente y por la „Doctrina Kennedy“, de setiembre de 1962 (presentada como complemento de la Doctrina Monroe), afirmaron su derecho a combatirlo militarmente.

La negación mutua total modificó el carácter de la dicotomía continental: la Segunda Declaración de La Habana de 1962 y la Doctrina de Seguridad Nacional remplazaron a la combinación de negociación y conflicto del período anterior por un clima de guerra.

No existe una relación causal entre el bias „desarrollo y seguridad“ propuesto por la política iberoamericana de los EE.UU. en distintas etapas entre 1947 y 1961 y la radicalización del antimperialismo latinoamericano en el mismo período. Son más bien factores externos al desarrollo ideológico de éste, como la modernización de las grandes

¹⁷ Aunque en 1961, al convocar a los países latinoamericanos (excepto a Cuba) a integrarse en la Alianza con la consigna de „desarrollo y seguridad nacional“ los Estados Unidos hicieron cuantiosas promesas de ayuda a cambio de programas de desarrollo que sólo admitían como abastecedores y ejecutores a empresas norteamericanas, las necesidades crecientes de fondos para financiar la Guerra de Vietnam, el armamentismo atómico, la carrera espacial y la lucha interna contra la pobreza durante los años 60 llevaron a una reducción de las ayudas norteamericanas a América Latina a un mínimo de lo prometido. Así, en 1970, al disolverse la Alianza, América Latina se encontraba en una situación de endeudamiento externo y estancamiento interno por el debilitamiento de su industria (Koenig, 1990:458-59). Los países mayores compensaban todavía el estancamiento del sector privado con intervenciones estatales financiadas con el aumento de la deuda pública y la inflación, pero con los „choques“ petroleros de 1973 y 1979 sus economías también se derrumbaron hasta que el estallido de la crisis de la deuda en Brasil en 1981 y en México en 1982 dieron la señal para el pasaje a la etapa actual.

ciudadanos latinoamericanos que acarreó el crecimiento de clases medias sin lugar en la estructura de poder, la agudización de la Guerra Fría, la mayor influencia internacional de la URSS, la Revolución Cubana, la crisis de la Iglesia Católica y la radicalización de la crisis de la modernidad en las metrópolis los factores que entre otros fomentaron en América Latina una actitud crítica hacia el reformismo antimperialista de las décadas anteriores y la convicción de que era posible erigir un nuevo poder por la vía revolucionaria.

Pero esa ruptura hacia afuera también estuvo acompañada por rupturas internas significativas. La masacre de Tlatelolco, el 3 de octubre de 1968, y la ruptura de Montoneros con Perón, el 1 de mayo de 1974, significaron la destrucción o bien la autonomización de los movimientos antimperialistas revolucionarios respecto a los nacionalismos populares. La juventud revolucionaria adoptó la visión dualista de sus antecesores, pero los repudió por su actitud cautelosa ante los Estados Unidos. Estos últimos, por su lado, sólo veían en los nuevos revolucionarios instrumentos de la política soviética.

El antimperialismo revolucionario nunca desarrolló sus programas políticos y sociales para convertirlos en estrategias de gobierno. De hacerlo sus élites hubieran debido formular orientaciones globales, o sea decidirse por marcos normativos y simbólicos. Sus relatos heroicos y la afirmación reiterativa de su voluntad de poder remplazaron a los discursos explicativos.

Su visión de la unidad continental puede considerarse como cesarista y cercana al bolivarismo, porque de la acción militar liberadora esperaban a la vez la creación de conciencia revolucionaria y la legitimación de sí mismos como élite dirigente. Su mitificación de la ética revolucionaria y del ambicionado „hombre nuevo“ (aspectos ambos de hondas

raíces cristianas) lo remiten a tradiciones latinoamericanas de la Independencia y las guerras civiles del siglo XIX, pero también del espíritu misionero desde el siglo XVI.

Las visiones complementarias y antagónicas de los Estados Unidos y América Latina que tenían esas élites revolucionarias eran unilaterales y tendían a presentar como universal la visión de minorías blancas escindidas de los grupos dominantes. Cuanto más inseguras estaban esas minorías en la credibilidad de sus consignas revolucionarias, más radical era su negación del orden existente. De allí que su crítica del capitalismo norteamericano fuera fundamentalmente de un moralismo absolutista que no dejaba lugar a mediaciones.

Al mismo se correspondía el fundamentalismo neoconservador creciente en los Estados Unidos desde la derrota en Vietnam que llevó a los golpes de estado de los años 70 y a la Presidencia de Ronald Reagan.

3 – El fin de la dicotomía y las nuevas fronteras

Precisamente este Presidente pasará a la historia como el organizador de la restauración conservadora en todo el continente. Con precisas incisiones, desde la desregulación de los mercados financieros en 1981 hasta la politización del problema de la droga, cambió el conjunto del sistema político, económico, social y cultural mundial, introduciendo economías neoliberales dependientes, democracias limitadas, fuerzas armadas y policiales sometidas y sociedades desintegradas por el narcotráfico.

Reagan totalizó el poder que Clinton más tarde consagró como „universal“. La absolutización del poder „urbi et orbi“ (=imperial) de los Estados Unidos está interrelacionada con el renacimiento del discurso sobre „el fin de la Historia“, según Francis

Fukuyama en su obra así titulada de 1989. Pero si la historia se termina, desaparece la necesidad de dar sentido a la acción social. La Acción sucede, ella misma es el sentido. Es pura consecuencia de ese discurso que el mismo Fukuyama proclame en sus más recientes escritos el „fin del ser humano“ como consecuencia del desarrollo de la genética.

El fin de los nacionalismos y la absolutización del discurso imperial acarrearón la extensión de un sentimiento de debilidad y desorientación en el pensamiento latinoamericano. La disolución de los Estados nacionales produjo la desaparición o deslegitimación de sus marcos de referencia. Ante la crisis del antiguo modelo, las élites y los intelectuales latinoamericanos oscilan nuevamente según la vieja dinámica: o se someten precipitadamente a los supuestos designios de Washington o se retraen. Mientras las economías crecían en la primera mitad de los años 90, los regímenes neoconservadores parecían tener razón. El continente fue reorganizado por las grandes corporaciones internacionales como espacio de inversión en cultivos industriales regulados por las biotecnologías y de extracción de recursos minerales, gigantescas obras de infraestructura y fuente secundaria de capitalización financiera. A la penetración del turbocapitalismo (Ramonet, 2000) hasta los últimos rincones corresponde la extensión del control de seguridad norteamericano por todo el tejido social. El nuevo régimen de poder norteamericano sobre la región muestra intensamente trazos totalitarios.

Quien integra demasiado, desintegra. La norteamericanización de las sociedades latinoamericanas está multiplicando la cantidad y variedad de los grupos segregados que organizan identidades no-nacionales, étnicas, regionales, religiosas, de tipo mafioso y/o revolucionario. Estos signos de disolución social encierran también la búsqueda de un sentido político-social postnacionalista.

Pero la disolución de los estados nacionales y la crisis de la identidad continental que sobre ellos se basaba se acompañan de la vertiginosa extensión del espacio cultural latinoamericano hasta muy adentro de los Estados Unidos. La dolarización de las economías latinoamericanas y la importancia que las mismas han adquirido para las empresas norteamericanas llevan por un lado a que los problemas internos de los países latinoamericanos se conviertan en dificultades propias de la política y la economía norteamericanas. La imparable inmigración del Sur y el crecimiento acelerado de la minoría hispanoparlante en los Estados Unidos por el otro han introducido dentro de la sociedad estadounidense los problemas propios del espacio cultural latinoamericano. Es así que las fronteras de nuestro debate identitario se han extendido 3.000 kilómetros hacia el Norte.

Desde 1823 los Estados Unidos han afirmado repetidamente su derecho a tutelar el continente justificándose a la vez en su misión unioversalista, en las necesidades de su seguridad nacional y en los intereses de sus empresas. Pero esta triple justificación suponía que América Latina era externa al espacio de los Estados Unidos. De ese modo, éstos podían „exportar“ sus conflictos internos, „filtrando“ mediante sus aparatos culturales la repercusión en su propia sociedad de la violencia ejercida más allá de sus fronteras (Campbell/Kean, 1997:loc. Cit.)

Ahora bien, la dicotomía Estados Unidos-América Latina, tal como durante más de 90 años sirvió para dar contornos a las identidades culturales de ambos espacios, ha desaparecido. Pero en su lugar han aparecido **nuevas fronteras**: los Estados Unidos han extendido las suyas a todos los recodos del continente, creando al mismo tiempo „bolsones“ crecientemente segregados que a su vez dan lugar a la constitución de nuevas identidades centrífugas.. Estas son las fronteras internas. La América Latina sometida, por su parte, se ha

extendido por la sociedad norteamericana, introduciendo sus prácticas y problematizando las de la minoría dominante anglosajona y protestante.

No se debe entender todavía este desplazamiento de fronteras y aparición de otras nuevas en el sentido tradicional de las aduanas y los „rangers“. Es un proceso que aún no ha cristalizado ni ha encontrado sus límites, pero marcha aceleradamente hacia su fijación.

Aunque los Estados Unidos no dominan la totalidad del „urbi“ conocido, las dimensiones de su poder económico, político, militar y, sobre todo, cultural hace posible considerarlos analógicamente con otros imperios de la historia con mensajes universales (como Roma, el Tihuantinsuyu o China). A pesar de la decadencia rusa, es por ahora impensable que el Imperio Americano conquiste Rusia y China. Si es así, habría alcanzado ya sus fronteras máximas. Puede continuar desarrollándose, reorganizar el espacio y las relaciones dentro de su esfera de dominio, integrar áreas actualmente marginales como África, pero no extender sus fronteras.

El esfuerzo central del Imperio se dirigirá probablemente a la consolidación de sus conquistas de los últimos diez años antes de intentar nuevas empresas. Las fronteras externas ante China y Rusia se harán más rígidas, al mismo tiempo que las fronteras internas hacia las áreas de reserva de materias vitales y de población. Es posible prever también una mayor especialización y división del trabajo entre regiones y categorías sociales dentro del espacio imperial. La maquinaria cultural intentará al mismo tiempo reforzar su presión unificadora mientras que la vigilancia y el control militar y de seguridad serán omnipresentes.

Pero estas tendencias a reducir la movilidad, aumentar la integración y la segregación pueden generar una combinación de conflictos étnico-culturales agudos en torno al centro en Washington junto con el fortalecimiento de poderes regionales segregados.

La desaparición del patrón identitario dicotómico y la uniformación imperial de América Latina han creado las condiciones para la formulación de una identidad latinoamericana postnacional. En 1925 José C. Mariátegui (cit. Zea, 1993:II, 39-42) comentaba críticamente una exaltada proclama de Alfredo Palacios sobre la cultura hispanoamericana diciendo que todavía no se había producido la amalgama que le diera originalidad. Al final del „corto siglo XX“, hacia 1989, podemos constatar la existencia de un estrato intelectual iberoamericano relativamente homogéneo, mezclado por las migraciones forzadas, con discusiones comunes y una común identificación con sus Estados nacionales, oposición definitiva a los Estados Unidos, origen blanco y/o mestizo y relevantes influencias cristianas y marxistas.

Diez años más tarde verificamos que ese estrato se ha multiplicado por efecto de las reformas universitarias del Banco Mundial, sigue siendo preponderantemente blanco, a pesar de la competencia de nuevas élites intelectuales indígenas, no se ha fracturado a pesar de la pérdida de sus referenciales estatales, ha diversificado sus perspectivas teóricas, pero está éticamente desorientado, carece de inserción profesional acorde con su crecimiento numérico y sigue pasando por alto – aunque menos que antes – el estudio de los Estados Unidos y de los fundamentos del desarrollo actual del capitalismo en las ciencias naturales históricas..

Esta es la base realmente existente para la formulación de una nueva visión de América desde el Sur. La debilidad de sus actores puede compensarse con un proyecto de alcances amplios. Un nuevo tipo de universalismo desde el Sur puede dar un sentido

coherente a las actuales búsquedas múltiples de identidad. Pero alcanzar este objetivo supone desarrollar una visión propia de los Estados Unidos, discutir los fundamentos de las ciencias naturales históricas actualmente vigentes y de las tecnologías informáticas predominantes.

Preocupados con la delimitación de nuestra identidad cultural, los intelectuales latinoamericanos hemos descuidado durante el siglo XX la tarea de estudiar científicamente la sociedad norteamericana. El doble corrimiento de fronteras descrito más arriba hace hoy imposible y/o suicida esa omisión. Preocupados con la recuperación de la lengua, la historia, la arqueología y el arte, perdimos de vista la revolución científico-técnica desde los años 70. La destrucción del tejido cultural en los países del Sur en la misma época complicó aun más la tarea.

Durante el siglo XX los latinoamericanos oscilamos entre nuestro sometimiento a y nuestro odio hacia los Estados Unidos. En el afán de delimitarnos nos particularizamos y redujimos el alcance de nuestras propuestas. Criticando la deshumanización tecnocrática y la penetración neocolonialista en la ciencia y la técnica descuidamos el propio desarrollo de las ciencias exactas y naturales y de las tecnologías para su aplicación. La definición nacionalista y antimperialista de nuestra identidad coincidió de ese modo con la no formulación de valores, normas y sistemas simbólicos universalizables. Por ese camino aumentamos nuestras dificultades para organizar un orden social estable y vivible.

El corrimiento de las fronteras, la absolutización del imperio y la penetración del espacio cultural latinoamericano hasta el corazón del mismo abren hoy, aunque parezca paradójico, la posibilidad de definir a América Latina como una de las culturas mundiales.

América avanza hoy hacia nuevas hibridaciones. La ruptura de los diques entre las dos Américas abre la puerta a la redefinición de ambas. La diferencia entre ellas no desaparecerá, porque tiene fundamentos filo- y ontogénicos., pero de su nueva definición dependerá su relación mutua: subordinación, igualdad o paralelismo. Del logro de una definición de América Latina implementable en sistemas simbólicos orientadores, normas y valores eficaces dependerá la posibilidad de que la cultura latinoamericana alcance un estatus universal.

¿Cuáles son las condiciones que debe cumplir el trabajo científico latinoamericano para alcanzar este objetivo?:

- a) Colocar el estudio de la sociedad norteamericana en el centro de sus preocupaciones.
- b) Revisar desde una perspectiva latinoamericana los supuestos actualmente vigentes de las ciencias naturales históricas.
- c) Poner al „sujeto popular colectivo“ (Kusch) en el centro de sus preocupaciones. Por lo tanto incorporar al texto oral (Berg, 1999) al análisis de todas las áreas del conocimiento.
- d) No perder de vista „la unidad en la diversidad“: ¿qué hay de común entre los individuos que conviven en el espacio cultural latinoamericano? ¿A partir de qué experiencias irrepetibles se formaron? ¿Adónde van? ¿Pueden y quieren convivir? ¿Bajo qué condiciones?

La conceptualización de „las nuevas fronteras“ es necesaria para dar sentido a todo juicio sobre América Latina. Este ha sido sólo un aporte inicial. Quien conoce, reconoce. Quien reconoce, valora. Donde antes estuvo el Otro dominante debe estar el Ustedes, que así crecerá el Nosotros.

Bibliografía de referencia

En esta bibliografía no he procurado mencionar todos los trabajos que me sirven de base para la redacción de este texto, sino solamente aquéllos que recomiendo por su peculiar riqueza de ideas sugerentes, su capacidad de síntesis y/o porque refieren a discusiones paralelas a las que normalmente los analistas de la sociedad, la cultura y el pensamiento no prestamos mayor atención.

Divido a la bibliografía en dos secciones: en la primera menciono las obras de base para la elaboración de mi texto, en la segunda menciono algunas obras de referencia para la introducción en las discusiones actuales sobre evolucionismo.

1. Bibliografía de base

- Berg, Walter B. - „Lateinamerika: Literatur-Geschichte-Kultur“, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1995
- Berg, Walter B. - „Apuntes para una historia de la oralidad en la literatura argentina“, pp. 10-37 en: id./ Schaeffauer, Markus (eds.) – „Discursos de oralidad en la literatura rioplatense del siglo XIX al XX“, G. Narr Verlag, Tubinga, 1999.
- Campbell, Neil / Kean, Alasdair – „American Cultural Studies“ (esp. Pp. 243-71), Routledge, London, 1997
- Diamond, Jared - „Guns, Germs and Steel“, W.W. Norton Co., New York, 1997. (Muy bueno para una introducción en la aplicación de las ciencias naturales históricas al estudio de la evolución humana).
- Hobsbawm, Eric - „Age of Extremes“, Abacus, London, 1994. (Fundamental para tener una visión de conjunto del „corto siglo XX“, como el mismo autor lo denomina).
- Koenig, Hans-Joachim – „El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica“, en: Lucena Salmoral, Manuel (ed.) – „Historia de Iberoamérica“, Vol. III, Ed. Cátedra, Madrid, 1992. (Síntesis histórica de las intervenciones norteamericanas en el continente entre 1898 y 1983).
- Krakau, Knud - „Die politischen Beziehungen zwischen Nord- und Suedamerika. Von der Monroe-Doktrin zum Interamerikanischen System“, pp. 182-98 en: Krakau,

Knud (Hg.), „Lateinamerika und Nordamerika“, Campus Verlag, Frankfurt a.M., 1992. (Buena síntesis de las relaciones intracontinentales entre 1823 y 1985 con abundante bibliografía, lamentablemente sólo en alemán. El resto de las contribuciones en esta obra colectiva están todavía muy dependientes de una óptica comparatística que no tiene en cuenta las interrelaciones entre ambos contendientes).

Mariátegui, José Carlos – „El iberoamericanismo y panamericanismo“, pp. 43-45 en: Zea, Leopoldo: „Fuentes de la cultura latinoamericana“, Vol. II, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1993.

Morales Padrón, Francisco – „Atlas histórico-cultural de América“, Tomo II, Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1988.

Ramonet, Ignacio – „L'aurore“, en: „Le Monde Diplomatique“, Janvier 2000, p. 1. (Discusión de las perspectivas abiertas después de las protestas en Seattle en diciembre de 1999).

Ramonet, Ignacio – „Un délicieux despotisme“, en: „Le Monde Diplomatique“, Mai 2000, p. 5. (Un magnífico análisis del carácter totalitario de la dominación norteamericana).

Zuleta Alvarez, Enrique – „Los Estados Unidos y la Guerra del 98“, pp. 111-57 en: „Cuadernos Hispanoamericanos“, Nros. 577-78, Madrid, 1998. (Muy buena descripción de la oposición intelectual contra la Guerra de Cuba dentro de los Estados Unidos).

2. Obras de referencia sobre el debate en torno al evolucionismo

Brockman, John – „The Third Culture“, Simon & Schuster – New York, 1995. „Discusión de los fundamentos actuales de las ciencias naturales).

Riedl, Rupert / Delpos, Manuela (Hg.) – „Die evolutionäre Erkenntnistheorie im Spiegel der Wissenschaften“, WUN-Universitätsverlag, Wien, 1996. (Presentación de las actuales contribuciones de orientación evolucionista en distintas disciplinas).

Tattersall, Ian - „The Fossil Trail. How we know what we think we know about Human Evolution“, Oxford University Press, New York/Oxford, 1996. (Descripción de los hallazgos paleontológicos de los últimos treinta años y de su influencia sobre las más recientes orientaciones del pensamiento evolucionista).

Wright, Robert - „The Moral Animal“, Pantheon Books, New York, 1994. (Discusión sobre los intentos recientes de fundar la ética en los estudios sobre la evolución).